

El sendero que lleva a la vida abundante

«... yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» (Juan 10.10)

Jesucristo, quien no puede mentir, nos prometió vida abundante. Todos estamos conscientes de que muchos se están perdiendo la vida abundante por causa de la ansiedad y el peso de la preocupación. Vienen a los servicios de la iglesia y entonan los cánticos: «Qué agradable es confiar en Jesús» y «Guíame Salvador para no extraviarme», y se van todavía cargados por la preocupación.

Muchos de tiempos antiguos creían en Zeus y en otros dioses mitológicos. Los antiguos griegos contaban una leyenda acerca de dos hermanos llamados Atlas y Prometeo. Estos dos formaron un solo bando y pelearon una guerra en contra de Zeus. Debido a su acción, fueron torturados. Prometeo fue atado a una roca para toda la eternidad. A Atlas se le puso bajo los cielos y la tierra y había de cargar con el peso del mundo sobre sus hombros.

Hay gente que a menudo trata de hacer lo mismo. Se arrodillan y tratan de cargar con el mundo entero sobre sus hombros. Jesús dijo: «... yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia».

Cristo vino a un mundo que estaba pasando por una depresión, me parece, que era peor que cualquier depresión que alguna nación haya soportado en los últimos mil años. Su mundo era un mundo de enfermedad, de angustia, de depresión, y de consternación. Cuando Él vivió, una persona podía morir por recibir un rasguño en su rostro. Era un mundo en el cual una enfermedad, algo que podría superarse en veinticuatro horas hoy, podía matar a alguien porque no había medicamentos ni antibióticos con los cuales combatirla. Vino a un mundo que no tenía reservas de alimentos.

Cada país esperaba tener suficientes alimentos que le duraran hasta la siguiente cosecha; y si no tenían cosecha, la calamidad se les venía encima. Era un mundo en el cual había poca agua, y los pozos podían contaminarse o secarse fácilmente. Los impuestos eran extremadamente gravosos; el porcentaje de dinero que el judío medio pagaba al gobierno, era superior en gran manera a cualquier porcentaje que conocemos hoy.

A pesar de ello, un día Él tuvo la osadía de *sentarse* y predicar: «No os afanéis» (Mateo 6.25). En la KJV se lee: «No le pongáis mente». Estas fueron Sus palabras: «No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir [...] No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? [...] Así que, no os afanéis por el día de mañana...» (Mateo 6.25, 31, 34).

No era que Jesús nos estuviera prohibiendo hacer uso inteligente de la previsión para el futuro, pues en otra ocasión contó una parábola acerca de calcular el costo. En esta, dijo que un hombre que no calcula el costo antes de ponerse a construir una torre, sería necio (Lucas 14.28). Jesús no estaba diciendo que es malo tener un afán sincero. Si un ser querido está enfermo o moribundo, por supuesto que es motivo de ansiedad. Lo que Jesús estaba diciendo es que no debemos vivir vidas de duda y de ansiedad.

Muchos pecados en el mundo no son más que el reflejo de la ansiedad. Todos los domingos hay personas que se levantan con un dolor de cabeza que es el resultado de una embriaguez del sábado por la noche. Parte de las razones por las que bebieron tuvieron que ver con tratar de ahogar sus afanes en el alcohol. El codicioso, el que escatima centavos, extiende la mano, tratando de alcanzarlo

todo. Cuando lo tiene, desea más. Refleja ansiedad porque cree que Dios no cuidará de él; por lo tanto, debe acumular lo suficiente para cuidar de sí mismo. Jesús dio por lo menos tres recomendaciones y cinco bendiciones en Mateo 6 que deseo analizar.

RECOMENDACIONES DIGNAS DE SER ACATADAS

Cuando uno pierde la vida abundante por causa de la ansiedad y la preocupación, ello constituye un ataque contra la fe. Jesús dijo:

Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recojen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? [...] Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? (Mateo 6.25–30).

Nos recuerda que Dios cuida de criaturas de menor rango, tal como las aves. Las aves que pululan por la tierra son miles de millones. Jesús dijo: «Mirad las aves del cielo». Si uno, al igual que las aves del cielo, trata de proveer su alimento, Dios cuidará de uno. Nos pidió que consideremos los lirios: una sencilla flor silvestre que crece junto a los caminos en Palestina. Si uno, al igual que los lirios, produce semilla, Dios le dará vida. Salomón con toda su gloria no se atavió como ninguno de ellos. Dios cuidará de nosotros. Él nos hizo, y puede rehacernos. Nos creó, y puede cuidar de nosotros. Cuando uno responde de un modo que no refleja lo anterior, ello constituye un ataque contra la fe.

Jesús dijo que el peso del afán es inútil: «¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo?» (Mateo 6.27). Puede que uno viva más tiempo por medio de observar un reposo abundante, por medio de comer alimentos apropiados y por medio de ejercitar el cuerpo, pero no podrá vivir más tiempo por mucho que se afane por ello.

No es sabio afanarse. *Jesús dijo que el afán hace que uno trate de introducir el día de mañana en el día de hoy:* «Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán

añadidas. Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal» (Mateo 6.33–34). Uno no puede vivir el mañana, dijo Jesús, sino hasta que el mañana esté aquí.

En realidad, hay dos días en los cuales ni siquiera la persona más brillante ha vivido alguna vez. En primer lugar, uno no puede vivir en el día de *ayer*. Por más bueno o por más malo que haya sido lo que el ayer le deparó, uno no puede volver a vivirlo. Todos sabemos que un automóvil tiene un enorme parabrisas y un diminuto espejo retrovisor. Lo que se ve *ahora* es mucho más importante que lo que se ve atrás y ya ha pasado. El hombre que trata de correr por la vida, siempre viendo por el retrovisor, está tratando de vivir el ayer. Jesús dijo: «Basta a cada día su propio mal».

El otro día en el cual no se puede vivir es el de *mañana*. O puede que llegue el mañana, o puede que venga Jesús. Si llega el mañana, puede que nos depare el polvo de la muerte o el don de vivir otro día de vida. El día de mañana puede ser anhelado, deseado, pedido en oración, pero no puede ser abrazado; el día de mañana no puede ser vivido, sino hasta que haya llegado. Jesús nos manda no destruir nuestra paz por medio de vivir, ya sea, en el día de ayer, o en el de mañana.

Para cada día que uno vive, uno recibe las nuevas fuerzas que necesita. La Biblia dice: «... como tus días serán tus fuerzas» (Deuteronomio 33.25). Así son las cosas. Por ejemplo, puede que un adolescente se llene de tanta ansiedad que acaba en el hospital, pensando si llegará a la universidad, y si llega a esta, si conocerá a alguien con quien casarse, y si conoce a alguien, si el suyo será un buen matrimonio y si todos sus hijos serán normales. Es posible afanarse todos los días de la vida, pero Jesús dijo que uno debe vivir un día a la vez.

BENDICIONES DIGNAS DE SER RECIBIDAS

Jesús desea dar a todo cristiano cinco dones o bendiciones. *En primer lugar, desea darnos Su presencia.* Él dijo: «... he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mateo 28.20). En la hora más negra del ministerio de Pablo, en la inicua ciudad de Corinto, Jesús dijo al apóstol: «... yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano» (Hechos 18.10). Su presencia nos permitirá hacer frente a las situaciones difíciles, antes que huir de ellas; nos permitirá resistir los golpes de la vida y no ser quebrantados por estos.

Hemos institucionalizado la religión y hemos llegado a relacionar la religión con un edificio, con una hora y con cierto código de vestimenta. La verdad es que por encima de todo, el cristianismo es la presencia de Cristo, el cristianismo consiste en que Él va donde nosotros vayamos.

En segundo lugar, Jesús desea darnos Su perdón. La culpa no resuelta, esto es, la pena por haber pecado, puede ser por sí sola la más grande causa de ansiedad. He sido predicador por suficiente tiempo para saber que cuando las personas levantan la mirada y sus rostros miran hacia el mío, toda clase de cosas hay detrás de esos rostros. A menudo lo que hay es un sentimiento de culpa no resuelta.

Un hombre muy especial me dijo un día que siendo mucho más joven había matado a alguien. Mi reacción no fue de escándalo en particular. Es una de las mejores personas que he conocido, sin embargo, quería que yo conociera la pena que le había embargado toda su vida por esa tragedia. Estas son las buenas nuevas del evangelio: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1^{era} Juan 1.9). David escribió acerca de su atormentadora ansiedad por el pecado: «Me he consumido a fuerza de gemir; todas las noches inundo de llanto mi lecho» (Salmos 6.6). En otras palabras, dijo que se estaba ahogando en la culpa. Él escribió el Salmo 51: «Lávame, y seré más blanco que la nieve» (vers.º 7). Esto es exactamente lo que hizo el Señor por David y es lo que hará por cualquier cristiano que se arrepienta de su pecado.

Los medios noticiosos contaron una vez acerca de una mujer que confesó en los tribunales que seis años atrás ella no había sido violada por cierto joven. Había testificado ante los jueces que había sido violada y había identificado al joven que lo hizo. Este había estado en la penitenciaría seis años, pero durante este tiempo, ella había llegado a la fe en Cristo y no pudo soportarlo más. Dijo que lo que había pasado era que había creído que esperaba un hijo que le nacería fuera del matrimonio. Entró en pánico y culpó al joven, hasta seis años después, cuando dijo: «Sencillamente no puedo seguir así». Jesús desea perdonarnos y hacernos nuevas personas.

En tercer lugar, Él desea que recibamos Sus provisiones. «... todo fue creado por medio de él y para él» (Colosenses 1.16). «[Él es] quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder» (Hebreos 1.3). Si Jesucristo hizo todas las cosas, y si Él sustenta todas las cosas, Él puede cuidar

de nosotros. Si Él sustenta a Marte, a Venus, a Saturno y a Júpiter en su lugar, ¿acaso no podrá sustentar nuestras vidas? Creo de algún modo que si Él puede sustentar las estrellas en sus lugares, entonces puede cuidar de nosotros. La promesa de Cristo es esta: «Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta» (Filipenses 4.19). Puede que no nos conceda una casa de dos pisos; no nos prometió una casa así. Pero sí suplirá lo que nos falta y nos dará la vida eterna. Puede que decida aplacar la rugiente tempestad que está alrededor de nuestras cabezas, o puede que decida dejar que la tempestad siga rugiendo y aplaque entonces nuestras cabezas; del modo que sea, Él proveerá.

En cuarto lugar, Jesús nos dará un propósito. Pablo dijo: «Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios» (1^{era} Corintios 10.31). Tenemos un propósito para el cual vivir, propósito que trasciende el habitual comer y beber que hacemos todos los días. Los cristianos saben de otra vida y de otro mundo, y no viven solamente para el tiempo, sino para toda la eternidad. Tenemos un propósito: lo que sea que hagamos, lo hacemos para la gloria de Dios.

Para muchas personas, las cosas materiales lo son todo. No tienen propósito que trascienda lo que llevarán puesto sobre sus espaldas, lo que los restaurantes puedan proveer, o el carro que puedan conducir. Según lo que alguien informó desde París: «Hay más de una docena de mujeres en el mundo que gastan más de un millón de dólares al año en sí mismas. Hay más de mil mujeres en el mundo que anualmente gastan más de doscientos mil dólares en sí mismas».

Aun si uno tuviera el dinero, el cristiano dice que hay un propósito más sublime para la vida que gastar dinero egoístamente. Imagínese lo que se puede hacer con veinte mil dólares por los niños hambrientos en las calles de Calcuta. Imagínese lo que se puede hacer con veinte mil dólares para terminar el edificio de una iglesia en Centroamérica. Los cristianos tienen un propósito.

En quinto lugar, Jesús desea darnos Su paz. Él dijo: «La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da» (Juan 14.27). Los inicuos son como un mar agitado que no puede tener reposo: «No hay paz para los malos» (Isaías 48.22). Uno no tendrá paz si vive una vida mala. Uno es una guerra civil andante si vive como los malos.

En la Universidad de Tennessee en Knoxville, la Facultad de Zoología tiene una serpiente de dos cabezas. La gente que ha visto la serpiente me

cuenta que las dos cabezas se pelean todo el tiempo. Cuando se les lanza alimento, las dos cabezas se lo pelean. Una guerra civil se está librando todo el tiempo en esa serpiente. Dios dice que los malos son como esa serpiente; jamás descansan y jamás tienen paz. Pero Cristo, dijo Pablo, es nuestra paz (Efesios 2.14) y nos da la paz que sobrepasa todo entendimiento (Filipenses 4.7).

Espero que usted reconozca el poder de estos cinco dones. Cristo vino a darnos una vida desbordante, y nos la da por medio de darnos Su presencia, Su poder, Su perdón, Su provisión, Su propósito y Su paz.

CONCLUSIÓN

A principios del siglo veinte, un hombre que había tenido enormes pérdidas financieras fue internado en un sanatorio. Había sufrido un colapso nervioso y se preguntaba cómo iba a organizar su vida de nuevo. Una noche este hombre estaba tan desanimado que daba por cierto que no amanecería vivo; sencillamente no creía que iba a llegar vivo hasta el final de aquella noche. Se sentó y en unos trozos de papel escribió notas de despedida para su esposa y para los demás seres queridos, anticipando que estaría muerto al día siguiente. Pero llegó con vida hasta el final de la noche y despertó por la mañana.

Era tarde cuando el hombre despertó, y lo primero que oyó fue a unas personas que cantaban en el saloncito de la capilla que estaba al final del pasillo. Salió de la cama, se puso unas

ropas, y se dirigió lentamente hasta el final del pasillo, esforzándose hasta donde podía para seguir andando. Una vez que llegó a la capilla, se sentó en la parte de atrás. Comenzaron a cantar este hermoso himno:

Nunca desmayes en tu aflicción,
Dios cuidará de ti;
Bajo Sus alas de protección,
Dios cuidará de ti.

En horas negras de adversidad,
Dios cuidará de ti;
Pon tu confianza en su gran bondad,
Dios cuidará de ti.

Cuenta el hombre que ese fue el momento decisivo de su vida. Ese día comenzó a escribir algunas cosas que Dios había hecho por él, y descubrió que por más mal que estuvieran las cosas en el aspecto financiero y personal, eran más las razones que tenía para estar contento que para estar triste. Vivió hasta los noventa y cinco años. Casi no hay nadie en los Estados Unidos que no sepa su nombre. El hombre cuya vida tuvo un giro decisivo a causa del cántico «Dios cuidará de ti» fue el famoso mercader J. C. Penney.

Podemos seguir adelante como estamos ahora, llenos de ansiedad hasta enfermarnos, tragándonos una pastilla tras otra, llorando toda la noche, y preocupándonos todo el día. O podemos con toda confianza decir: «Dios cuidará de mí. Él dijo que lo haría. Ha cuidado de otros, y también cuidará de mí».

Autor: Paul Rogers

© Copyright 2008 por LA VERDAD PARA HOY

Todos los derechos reservados